

[Autobiografía]

Yo nací en Montevideo
allá por el año treinta.
Son muchos años, lo sé,
no quiero sacar la cuenta
pero no niego que voy
rascando ya los sesenta.
Mucho se debe aprender,
dicen que con sangre entra
ese bendito saber
que tanta pena nos cuesta.
Yo aprendí y desaprendí.
No sé si es pura inconsciencia.
Hoy me siento como ayer:
subo corriendo la cuesta
y bajo a los tropezones
sintiendo alguna tristeza
que me muerde los talones.
Si es cosa que da vergüenza,
a mis años no tener
un poco más de prudencia.

Mi ciudad al pie de un cerro
era un blanco caserío
con mucho verde en sus calles
y en las aguas de sus ríos.
Desde el Plata, el ancho estuario,
soplan los vientos marinos
que en primavera parecen
muchachos enloquecidos.
Se entreveran con las faldas
y ciegan con el polvillo
de los plátanos tan grandes
como abuelos y tan lindos.
En otoño alguna tregua
suele darnos su castigo.
Pero en invierno los vientos
vuelven como torbellino
revolviendo la hojarasca
y haciendo más cruel el frío



Con su hermano Pedro.

de la estación que se enseña
siempre con el poverío.

Calmoso, el Santa Lucía
nos daba sus aguas claras.
El Miguelete era un lujo
de arroyo. La chiquillada
más pobre en él se bañaba
y hasta – parece mentira –
sus mojarritas pescaba.
Más humilde, el Pantanoso
lentamente se arrastraba
como lo indica su nombre
con mucho barro en sus aguas
que eran turbias y marrones
pero no contaminadas.
Hoy quien se acerca a su orilla
del mal olor se desmaya.
Hasta el arroyo Carrasco
que ayer fue una playa fina
también enferma y da asco.
Malhaya la jedentina.

Yo nací con la fortuna
de una familia pudiente.
Sin lujos ni maravillas
pero con lo suficiente
para vivir bien la vida
si no fuera que la gente
inventa mucha amargura
y el rico vive doliente.
El veneno está en la sangre,
en el aire, en el ambiente
o tal vez en el gobierno
que siempre fue incompetente.

A Europa llegó la guerra
con su desgracia infinita.
Por todos lados surgían
como enjambres los fascistas.
Triunfaban con arrogancia

mientras que los comunistas
morían como las moscas
y aun muriendo discutían.
Ni muertos se silenciaban.
Pero ¿quién les entendía?

Yo de nada me enteraba.
Vivía lo más tranquila.
Según me contó mi madre,
de niña ni se me oía.
Podía pasar las horas
contemplando unas hormigas
o sentada en el zaguán
jugando con tres piedritas.
Comía como el que más.
Pero cuanto más comía
más se alargaban mis piernas
y más flaca parecía.
Me mandaron a la escuela.
Me sacaron enseguida
porque hace frío en otoño
y es muy frágil esta niña.
Al año siguiente igual.
La monja es vieja y nos grita,
dije yo muy indignada
y abandoné la escolita.
Pero tanta libertad
en el fondo me aburría.
Por suerte tuve un hermano
que era mi luz y mi guía.
Con él aprendí las letras,
las cuentas, la geometría.
Con mi padre, el alemán.
Con mamá, la poesía.
Leía con entusiasmo
libros, diarios y revistas.
Pero el día se hace largo.
Repito que me aburría.
Pensé: No soy retardada.
Decidí cambiar de vida.

El colegio era alemán.
Adusto como un cuartel.
Nunca me pude adaptar.
Padebí mucho en aquel
recinto de muros grises.
Mas no todo ha de ser miel.
Reconozco que también
me enseñaron muchas cosas,
empezando por saber
que en la vida hay tanta hiel,
que trabajo, pena, inquina,
se nos vienen en tropel.

Aprendí la geografía
de aquel mundo hecho pedazos,
la historia de los imperios,
física y astronomía.
De la química no sé,
y si supe lo olvidé.
Pero la literatura,
la gramática española,
la música y el inglés,
el alemán y el francés
me dieron mucha alegría.
Y si no aprendí bastante
solo fue por culpa mía.

Cinco años aguanté
aquella dura coyunda.
Pero un día me cansé.
No quiero ir más al liceo,
con decisión anuncié.
Mis padres no me riñeron.
¿Por inconscientes? No sé.
Tal vez fueran supersabios.
Lo cierto es que abandoné
por la mitad el liceo.

La tarea de crecer
me absorbía mucho tiempo.
Enferma de adolescencia

me contemplo en el espejo.
Unas piernas de jirafa.
Unos dientes de conejo.
La cabeza en las alturas
no puede con el marco.
Se me quiebra la nariz.
Tengo el cutis granujiento.
Realmente mi situación
justifica el desespero.
En los libros me refugio
vivo en ellos como en sueños.
Pero en mi casa no hay muchos
y bien leídos los tengo.
Entonces, vuelta a empezar.
Me inscribo en otro liceo.
Doy los exámenes libres.
(por milagro no los pierdo)
con ayuda de mi hermano
y de algún santo del Cielo.

Mi padre era un hombre bueno.
Mas también debo decir
que era un hombre muy enfermo.
Nunca supo ser feliz.
Algo le roía por dentro.
De joven era elegante,
muy alto y muy caballero.
Galante con las señoras,
comerciante muy honesto.
Ni uruguayo ni alemán,
nacido en Montevideo.
Testigo de las dos guerras,
de quiebra en quiebra viviendo.
Nunca encontró su lugar,
en el mundo fue extranjero.
Solo en la música hallaba,
a ratos algún consuelo.
Tal vez fue su único amor
y no se atrevió a quererlo.
Mi madre era muy alegre.
Recitaba muchos versos.

Le gustaba pasear,
jugar al bridge y otros juegos.
Su mundo era la familia,
no le interesaba el resto.
Después le tocó sufrir.
Eso mejor no lo cuento.
Fuimos tres piedras amargas
que colgaban de su cuello,
cada cual con su neurosis,
su egoísmo, sus lamentos.
Pudo ser dura con otros.
Pero yo mucho le debo.

Para qué tanto estudiar,
mi pobre madre decía.
Mejor casate y después
te divorciás enseguida.
Más vale no tener hijos.
Es traicionera la vida.
Con los años fue creciendo
el miedo que ella sentía.
Al final vive temblando
y con gran melancolía

El asunto de escribir
se me metió por la sangre
no sé si cuando nací
o ya lo traje de antes.
Mas no quise ser poeta.
Menos aún poetisa,
profesión que hoy causa risa.
Ya le cambiaron el nombre.
Ser poeta es prestigioso,
pero son cosas de hombre.
Yo digo con gran descaro
ni poeta ni poetisa,
ni vate ni pitonisa.
Me río de sus halagos.
Los títulos rimbombantes
se los dejo a los finados
y los altos monumentos,

a los genios del pasado.

Yo solo soy escritora.
Si me elogian, soy artista.
Si me desprecian, señora
o a lo sumo, escribidora
que no es un oficio vano.
Hay que tener buena mano
como para la cocina.
No me preocupa la fama,
tan frívola e ignorante,
politiquera y cambiante,
que en el albur del mercado
se confunde hasta el más sabio.
Por milagro, algunas veces
el talento se cotiza.
Pero hasta al más encumbrado
en diez años se le olvida.
Para conseguir los premios
mucho farsante se avispa
y si es humilde el ingenio
en un rincón se marchita.
No me quejo de mi muerte,
que tengo mucha alegría.
Dios me conserve esta calma.
Lo demás es cosa mía.

Corren los años cincuenta
y el corazón se me ensancha.
Por dentro me nace el vuelo
y se me empluman las alas.
Pero me falta resuello,
a veces meto la pata.
Quiero escribir y no puedo.
Quiero amar, me desengañan.
Salgo al mundo echa unas pascuas
y al rato me desespero,
la angustia se me atraganta.
Para peor veo en mi casa
la enfermedad de mi padre.
Su sufrimiento me espanta.



Descanso junto al mar.

No hay justicia en este mundo.
Pierdo la fe y la esperanza.

Estudié literatura
para saber si sabía
o eran humo las palabras
que en mi cabeza bullían.
Me quemaba las pestañas
y solo desaprendía.
Pero tengo que escribir.
Ya era una idea fija.
Quizá porque no sé hablar.
Las palabras me atosigan.

Una vez dijo mi padre:
“Pero esta niña no habla”.
Cuentan que aprendí a leer
cuando apenas balbuceaba.
Puede que sea una tara.
Creo que en algo mejoré.
Pero igual meto la pata.

Descubrí que es cosa triste
ser aspirante a poeta.
Aun en tiempos de bonanza,
con la guerra de Corea,
el Uruguay no es mercado
y es brava la competencia.
Veo tantas vanidades
que me aparto de esa feria.
Me aburro de mis historias
y también de las ajenas.
Tanta cháchara insolente
y tanta palabra hueca.
Prefiero mis soledades
y mi oficio de maestra.

Mil novecientos sesenta
nos removi6 las entrañas.
Yo andaba en mi nebulosa
pensando en las musarañas

cuando sentí el remezón:
Toda América temblaba.
Era imposible ignorar
tanta furia y esperanza.
Con abrazos y canciones,
con risas y con guitarras,
sin saberlo, el tiempo nuevo
una guerra comenzaba.
Los mayores su prestigio
pusieron en la balanza.
Jean Paul Sartre, a la francesa.
También Cortázar cabalga.
Un Quijote americano
y un profesor Sancho Panza
con su intelectual fervor
encabezan la cruzada.
Los más jóvenes al margen
de tribunas literarias
redactamos manifiestos,
mucho letrero panfletario,
buena, mala o regular,
pero siempre apresurada.
Entre la ética y la estética
nuestra opción estaba clara.
Esdrújula o sinalefa,
— eso no nos preocupaba —
pero siempre con mensaje
tenía que ser la verseada.
Más cerca de San Francisco
que de Marx, poco importaba,
románticos o suicidas,
libertarios, se jugaban
muchos revolucionarios.
Su bienestar despreciaban.
Por desafiar a un imperio
apostaron todo o nada.
Los yerros que cometieron
con creces se los cobraban.

Yo no llegué a esos extremos.
Me quedé en la retaguardia

escribiendo Zoologismos,
fantasías disparatadas.
Siempre contra la corriente,
la soledad me tentaba.
Si ese libro publiqué
es mérito de Ángel Rama.
Me dijo: Tráeme tus cuentos.
Y ahí nomás los editaba.
Muchas finezas le debo.
Generoso me alentaba.
Fue un hombre de gran talento.
Pocos quedan de su talla.

Las metáforas se agotan
cuando llego a los setenta.
Es la guerra desatada.
Ni vendaval ni tormenta,
guerra sucia, guerra urbana.
Los papeles se entreveran.
Las desgracias se me juntan.
De pronto me siento enferma.
Estalla el golpe de estado.
Al quirófano me llevan.
Es cáncer y está avanzado.
Yo sufro como una bestia
pero siempre hay a mi lado
gente que sabe ser buena
y me va dando una mano.

Al borde de aquel agujero
pensé es la muerte y me dije
que no, no puede ser cierto.
Con los dientes apretados
siento asombro, siento miedo.

Sé que me ayudó la ciencia
y, por supuesto, el azar.
O la santa Providencia.
Como la quieran llamar.
Pero también la bondad,
que es el amor verdadero.

Más de uno se reirá
de mi sentimentalismo.
Es pecado capital,
según el credo moderno,
que hoy de puro original
pretende ser posmoderno.
Mostrarse sentimental
no rima con el ingenio.
También eso pasará.
Lo nuevo se vuelve viejo.
La vanguardia, retaguardia.
Y queda lo que era bueno.

Pero retomo mi historia
en plena convalecencia
del año setenta y tres.
La muerte soltó su presa.
Tambaleante mi esqueleto,
intento volver al mundo
pero no llego muy lejos.
Vienen las Fuerzas Conjuntas
y voy a dar con mis huesos
en un lugar muy extraño
que malamente recuerdo.
Para peor una capucha
con gran furia me pusieron.

Yo miraba las baldosas,
las puntas de mis zapatos.
Y en aquella oscuridad
pensaba: ¿Qué está pasando?
Muchas preguntas se hicieron,
y si no me golpearon
lo debo a mi enfermedad
que aún no ha cicatrizado.
No quisieron rematarme.
Impotentes me insultaron.
Me ponen en penitencia.
Soy reo incomunicado.
El asunto causa risa,
si no fuera tan amargo.

Pronto descubro el motivo
de mi arresto inesperado.
Con Onetti y Ruffinelli
un cuento habíamos premiado
altamente subversivo,
vicioso y pornográfico.
Ruffinelli se salvó.
A Méjico había emigrado.
Onetti fue un preso más
junto con Carlos Quijano,
la plana mayor de Marcha,
el semanario uruguayo
más crítico e intelectual,
tantas veces clausurado.
Esa vez fue la vencida.
Para siempre lo vetaron.
Nosotros tuvimos suerte,
solo tres meses penamos.
En cambio, al autor del cuento
cinco años le encajaron.
En el presidio, al de marras,
por ser Marra lo encerraron.

A Onetti y a mí nos mandan
finalmente a un manicomio,
donde pasamos mejor...
sin duda, estábamos locos.
Así pude conocer
de cerca al autor de El pozo.
Es un príncipe sombrío,
implacable, tierno, hosco.
Mucho se ha escrito sobre él.
Yo puedo agregar muy poco.
Su influencia es honda y temible.
Nunca lo entendí del todo.
Escasas eran mis luces.
Pero lo quise a mi modo.

Fueron los años setenta
de exilio en varios sentidos.
Unos viajan por el mundo.

Otros vivimos reclusos.
No vamos a lamentarnos,
con suerte, también reímos,
hicimos teatro, buscamos
encontrar a los amigos.

Y al final voy descubriendo
que el mar y la soledad
me ofrecen un gran consuelo.
Lejos de la gran ciudad,
de su mugre, sus miserias,
sus luces, su oscuridad,
su electrónica, su historia,
encuentro la libertad
allí donde sopla el viento
y estalla la claridad
entre las olas y el cielo.

Tal vez esto sea un misterio.
Lo digo sin poesía,
sin palabras trascendentes
ni dogmas ni teología.
Yo no sé nada de Dios.
En los templos me oprimía



su silencio. y soledad
entre los fieles sentía.
Más de una vez tuve náuseas.
No me cae bien la mentira.
Pero a la orilla del mar
poco a poco descubría
algo que no sé nombrar
y más vale que no diga.
Aquí las palabras sobran.
Esta historia se termina.